

VÍCTIMA DEL OLVIDO.

¿Dónde estará mi zapato izquierdo? En la cocina tal vez. O no, ya se, está en el comedor. Pues va a ser que no. ¿Dónde podrá estar mi zapato derecho? No espera, ¿era el izquierdo no? Esto de la edad me está matando...

– ¡Abuelito! ¡Ya hemos llegado! – dijo la pequeña Elena.

– Hola papá, lo siento por llegar tarde, no te puedes imaginar el tráfico que había – decía mi hija mayor mientras Elena seguía hablando por detrás – ¿Papá? ¿Dónde estás?

– Ven hija, estoy en el comedor buscando mi chancla.

– ¡Pero papá! ¿Qué haces que no estás con las muletas? ¿Qué te hemos dicho?

– Natalia, si puedo andar perfectamente, ¿acaso no lo ves?

– Soy Sonia, tu hija mayor, y lo que estás buscando es un zapato, el izquierdo, el que tienes posado en el primer escalón de las escaleras del patio.

– Ay gracias, la edad hija la edad...

– No papá, no es la edad, tienes tan solo sesenta y dos años, esos son síntomas de alzhéimer, tenemos que ir a ver al médico en una hora, vístete.

– Pero Laura.

– Sonia papá, Sonia.

– Eso eso, me he confundido nada más. ¿Tú te estás escuchando? ¿Alzhéimer con sesenta y dos años? No digas barbaridades por favor.

– Mira lo que me ha comprado mamá abuelito. Es una muñeca de las que me gustan.

– Ahora no Elena, el abuelo y yo estamos hablando, vete a jugar al jardín un rato. Pero no te manches, que después tenemos que marchar.

– Pero por qué mami, yo quería jugar con abuelito y mi juguete nuevo...

– Deja a la niña Laura, no tenemos más que hablar.

– Abuelito, ¿quién es Laura?

– Elena te he dicho que vayas a jugar fuera.

– Vale...

– Toma, ponte el zapato papá. Voy a la cocina a preparar la merienda.

Alzhéimer, alzhéimer... Qué sabrá, eso lo tendrá que decir un médico, pero como no vamos nunca y no parece que vayamos a ir, todo está bien. A veces exagera, yo me veo en buen estado, un poco torpe tal vez, pero nada más. Voy a ponerme el zapato que al final... ¿Dónde me dijo que estaba? Ah sí en el patio. Ves, si es que me acuerdo de todo, un poco tarde, pero es la edad, si yo lo noto.

– ¿Papá tú quieres algo para comer?

– No hija.

– Vale, llama a Elena y dile que venga a comer su bocadillo, que si no llegamos tarde.

Ya con los zapatos, los pantalones y la camisa bien puestos me dirigí al jardín de la parte de delante para avisar a mi nieta, y ya de paso darle la propina de todas las semanas.

– Lucía, dice tu madre que entres a merendar. Y ten, cinco euros para que te compres otra muñequita de esas que tanto te gustan.

– ¿Abuelo quién es Lucía? Yo soy Elena, no me gusta ese juego de confundir nombres, a veces pienso que no sabes quién soy. – y la niña se dirigió cantando en dirección la cocina para merendar.

¿Me acaba de decir mi nieta de seis años que olvido su nombre? Su madre la está metiendo eso en la cabeza de que estoy enfermo, y no es así.

Cogí las muletas y salimos a la calle a por el coche. Me sorprendió que lo cambiara teniéndolo tan nuevo, me gustaba más el de color blanco que el rojo de ahora.

– Venga, bajad del coche que ya hemos llegado.

– ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

– En el médico papá, ya te lo había dicho.

Entramos por la puerta principal, y no sé por qué vino una enfermera y me llevó a la consulta del médico en la silla de ruedas. No me gusta nada, puedo andar bien, y más con las muletas que me mandaron hace un año. Entramos la joven y yo a la consulta 234 mientras que mi hija y mi nieta se quedaron en la sala de espera hasta que las mandaran entrar. Creo que me iban a hacer unas preguntas. Algo así me dijo Sonia.

– Buenos días señor Valladares, ¿qué tal esta semana? – me dijo él de forma interesada.

– Buenos días doctor, ¿semana? ¿qué semana? Si llevo más de un mes sin venir a verle.

– Se equivoca, vino usted el miércoles de la anterior semana, y le estuvimos haciendo unas pruebas. Bueno vamos a empezar con unas preguntas. Estas son diferentes a las de los otros días. Si no sabe la respuesta o no se acuerda intente pensar hasta averiguarla, tómese su tiempo y no se ponga nervioso. ¿A qué día estamos hoy señor?

– Esa es fácil, estamos a miércoles diecisiete de enero del año dos mil treintaitrés.

– ¿Estás seguro que si fuera enero vendría usted con una chaqueta y no con una cazadora de invierno? Es mayo señor.

Después de casi treinta y cinco minutos de preguntas, algunas fallidas y otras no, la enfermera llamó a mi hija. Estuvieron hablando un tiempo, pero no sabía de qué, no entendía nada, pero supongo que de mí y de unos resultados de las pruebas.

– Papá... el doctor ha de decirte algo importante...

– Señor Valladares, aunque se niegue a reconocerlo, los resultados de la evaluación del día anterior indican que usted padece una enfermedad neurodegenerativa llamada Alzheimer. Se caracteriza en su forma típica por una pérdida de la memoria inmediata y de otras capacidades mentales, y a medida que pasa el tiempo mueren las neuronas y se atrofian diferentes zonas del cerebro. La enfermedad de Alzheimer es incurable y terminal, y aparece con mayor frecuencia en personas mayores de sesenta y cinco años de edad. En eso sí que se ha adelantado un poco. A ver señor Valladares, para que me entienda, cuando usted era pequeño, todo lo que aprendió, sus recuerdos y todo, se fueron guardando en el cerebro de abajo a arriba, y bien, cuando empieza a tener Alzheimer, se le van borrando, de arriba a abajo todos esos recuerdos almacenados a lo largo de los años, se le olvidan nombres, lugares, fechas, etc. En un estado más avanzado, se le puede llegar a olvidar hacer algunas funciones vitales, y en un último estado, se le puede olvidar comer, andar, respirar... Hasta el punto en el que se pueda morir. Pero usted ahora lo que tiene que hacer es hacer ejercicios diarios para que la memoria permanezca por más tiempo y disfrute de la familia, y ver crecer a su nieta.

– De acuerdo doctor muchas gracias. Vendremos en una semana. Buenos días.

Después de tres años llenos de revisiones semanales o casi diarias, pese a todas las pruebas, ejercicios y preguntas, apenas me acuerdo de mis hijos, aquellos a los que les di la vida, con los que he vivido la mayor parte y la más feliz de mi vida, mis nietos y biznietos, no me acuerdo de ellos, por no decir ya de donde pongo las cosas.

Vivo con una chica que me ayuda a todo, pero yo no quiero esto, veo que mi familia lo pasa muy mal al ver que ya no recuerdo nada, y se les nota a pesar de que ellos me digan lo contrario, les quiero ver felices y a mi lado, esto es muy duro, yo no quiero vivir así. Y la pobre Elena, que no sabe nada de su padre desde hace años, está guapísima con casi nueve años, igualita que su madre. La quiero muchísimo, es la que me acompaña junto con Sonia a todas las consultas. Pero no me siento bien, no la puedo casi hablar, y cuando lo intento no me sale, ella sabe lo que me pasa, es una niña muy fuerte, pero la veo mal, está triste, ya perdió a su abuelita con apenas unos años de edad, no quiero que le pase lo mismo conmigo, su madre y yo somos su pilar fundamental. Voy a intentar seguir adelante junto a todos los que me quieren. Lo intentaré, somos fuertes, al fin y al cabo, mañana será otro día. Si lo hay.

